

ARTÍCULO DE REVISIÓN

## TECNOLOGÍA Y RELIGIÓN EN LA MEGAMÁQUINA DE MUMFORD

---

Dr. Leopoldo Tillería Aqueveque  
Universidad Tecnológica de Chile INACAP  
leopoldo.tilleria@inacapmail.cl  
Chile

Recepción 16 de junio de 2019 / Aceptación 16 de septiembre de 2019  
**Vinculación Universidad—Sector Productivo**

---

### Resumen

El artículo discute la posibilidad de comprender el concepto de Megamáquina presentado por el filósofo e historiador estadounidense Lewis Mumford, a partir preferentemente de una filosofía de la religión, a contramano de las tendencias que usualmente lo hacen desde una filosofía de la tecnología. Este propósito tiene su fundamento en la idea de un lógos de la religión, que sería determinante en la estructura de pensamiento de las sociedades donde se desarrolla esta Máquina invisible. Se recurre al método fenomenológico, fundado en la decisión epistemológica —dada la relevancia de la idea de mito en el relato de Mumford— de inclinarse por una fenomenología de la religión y no por una filosofía de la religión analítica. Se concluye —teniendo en vista el concepto de peligro (Das Gestell) como esencia de la técnica moderna en el Heidegger tardío— con la constatación de la tecnología de la Megamáquina como un instrumento enteramente ajeno a un proyecto humanista, en el sentido del despliegue no solo de una energía transformadora, sino eminentemente destructiva.

**Palabras Claves:** Filosofía; mito; religión.

## TECHNOLOGY AND RELIGION IN THE MUMFORD'S MEGAMACHINE

### Abstract

This article discusses the possibility of understanding the concept of Megamachine presented by the American philosopher and historian, Lewis Mumford, preferably from a philosophy of religion, contrary to the trends that usually do so from a philosophy of technology. The reason for doing so is based on the idea of a logos of religion, that would be decisive in the thought structure of societies where this invisible Machine develops. The phenomenological method is adopted, based on the epistemological decision —given the relevance of the idea of myths in Mumford's story— of leaning towards a phenomenology of religion and not a philosophy of analytical religion. It concludes —bearing in mind the concept of danger (Das Gestell) as the essence of modern technique in the late Heidegger— with the finding of the Megamachine's technology as an instrument entirely alien to a humanist project, in the sense of the deployment not only of transformative energy, but an eminently destructive one.

**Keywords:** Philosophy; myth; religión.

## TECNOLOGIE ET RELIGION DANS LA MÉGAMACHINE DE MUMFORD

### Résumé

Cet article discute la possibilité de comprendre le concept de Mégamachine présenté par le philosophe et historien américain Lewis Mumford, de préférence à partir d'une philosophie de la religion, contraire aux tendances qui normalement le font dès une philosophie de la technologie. Ce but se base sur l'idée d'un logos de la religion, qui serait fondamental dans la structure de pensée des sociétés où cette Machine invisible se développe. On fait appel à la méthode phénoménologique, fondée sur la décision épistémologique -étant donnée l'importance de l'idée de mythe dans le récit de Mumford- de se pencher sur une phénoménologie de la religion et non pas sur une philosophie de la religion analytique. On conclut -en tenant compte du concept de danger ( Das Gestell ) comme essence de la technique moderne dans le Heidegger tardif- avec la constatation de la technologie comme un instrument complètement étranger à un projet humaniste, dans le sens du déploiement non seulement d'une énergie transformatrice, sinon éminemment destructrice.

**Mots-clés:** Philosophie ; mythe ; religion.



*(...) se podría decir que hay dos posturas o tendencias —desde ahora tendencia A y tendencia B— en Filosofía de la Religión. La una es sumamente pretenciosa. La otra arruina la Filosofía de la Religión. Para la primera todo es Filosofía de la Religión. Para la segunda nada es Filosofía de la Religión. Digamos de entrada que, ambas me parecen desorbitadas.*

J. Sádaba

## Introducción

Mi intención en este trabajo es discutir la posibilidad de que la teoría de la Megamáquina del filósofo estadounidense Lewis Mumford, pueda ser interpretada mejor desde una filosofía de la religión que desde una filosofía de la tecnología (tal como lo ha sido mayoritariamente hasta ahora). En este sentido, la crítica histórica de marcado romanticismo terrenal presentada por Mumford, permite tener en cuenta —sobre todo mediante su comprensión de la “megamáquina” como aquella “proeza tecnológica que sirvió de modelo a todas las formas posteriores de organización mecánica” (2010, p. 313)— una nueva argumentación, que pueda considerar una fenomenología religiosa en la base racional e irracional de esta máquina arquetípica.

Desde luego, la teoría de la Megamáquina de Mumford también admite —de seguro con mayores probabilidades de éxito— una interpretación política, otra posiblemente ética o inclusive —si tenemos en cuenta recepciones más actuales— otra estética, toda vez que dicho mecanismo, en la tesis de Mumford, se mantiene con completa vigencia impactando casi inalterablemente desde hace cinco mil años las mismas dimensiones de la vida de los habitantes de las urbes. Tampoco han faltado quienes han visto en la crítica de Mumford contra el poder un abierto anarquismo y buena parte de las corrientes relacionadas con la ecología social, la ecología radical y el anti-industrialismo, deben mucho a las obras del estadounidense (Ardillo, 2013). Desde el enfoque de una filosofía de la historia, bien cabe reconocer esta disidencia de Mumford, en cuanto desmitificación de la euforia proveniente de una desmesurada valoración de la idea de civilización, pero también intentar, con todos los riesgos que eso conlleva, una reinterpretación del fundamento de esta Megamáquina, que se manifiesta hoy como la tecnología totalitaria de nuestra época.

Ciertamente, podrá extrañar esta preocupación tan puntual por un concepto —el de Megamáquina— que pareciera no estar en el ranking de los más importantes en el panorama

actual de la filosofía de la tecnología. En todo caso y más allá de este supuesto desfase de nuestra pregunta, lo importante es discutir esta probable determinación religiosa del fenómeno tecnológico, en especial considerando los movimientos recientes de la tecnología en los campos de la inteligencia artificial, la criogenia y la propia tecnología invisible, por nombrar solo algunos. En tal sentido, poner la idea de la religión —o de Dios mismo— como fundamento de la creación tecnológica (creación superlativa, como en el caso de la Megamáquina), supone poner una saludable duda en aquellos programas que hablan eufóricamente de la inevitabilidad del homo technologicus como especie privilegiada del transhumanismo.

Ahora, es evidente que este intento por comprender la noción de Megamáquina a partir de una filosofía de la religión se enfrenta a problemas mayores, especialmente teóricos. En todo caso, espero que ninguno de ellos sea tan letal que pueda desintegrar las posibilidades filosóficas de mi comentario. Trataré de inmediato de salvar uno. El enfoque de una filosofía de la religión que consideramos, pretende centrarse en la perspectiva de la historia de las religiones y no en el de una teología natural, de tal modo que lo que acá se pone en juego, siguiendo a Beuchot (2017), parece estar más cerca de una fenomenología de la religión que de una filosofía analítica de la religión. Dicho esto, tampoco debiera sorprender el cruce interpretativo entre una filosofía de la tecnología y una filosofía de la religión, sobre todo si entendemos a la primera como ese “saber globalizador, analítico y comprensivo de los procesos tecnológicos que facilita presupuestos antropológicos, epistemológicos y axiológicos, con miras a la producción de análisis críticos e interpretativos” (Aguilar, 2011, p. 153). Justamente, la influencia de la religión en el desarrollo tecnológico debiera ser parte de aquellos presupuestos.

### **El mito de la Megamáquina**

En *The Mith of the Machine* (1967), Lewis Mumford presenta una muy bien documentada genealogía de la Gran Máquina, gigantesca estructura compuesta de partes humanas, informacionales y técnicas, que hace cerca de cinco mil años permitió a las llamadas «monarquías divinas» irrumpir en la historia como el modelo perfecto de eficiencia, disciplina y de terror, al mismo tiempo.



Esta Máquina no solo tenía como parte fundamental de su arquitectura social lo que podríamos llamar hoy el método ingenieril. Esencialmente funcionaba en paralelo en tres sentidos diferentes, pero vinculados: un componente político, que ocupaba diversos y distantes espacios, por lo que resultaba entonces una “máquina invisible”; un componente económico, que se utilizaba para realizar trabajos concretos al servicio de propósitos colectivos supremamente organizados en cuanto “máquina de trabajo”; y —con seguridad el más decisivo desde el punto de vista de su sobrevivencia y extensión— el componente bélico, cuando se aplicaba a terribles acciones de destrucción y coerción colectiva al modo de una “máquina militar” (Mumford, 2010, p. 312). En definitiva: un complejo de avances tecnológicos, artilugios políticos y especialidades militares, que abarcaba prácticamente la totalidad de las decisiones de cada civilización sobre el desarrollo y expansión de las metrópolis y sus comunidades aledañas. Desde la perspectiva de sus operaciones puramente mecánicas, o para decirlo mejor, energéticas, la Megamáquina, a decir de Mumford, debió concertar una serie de inmensos esfuerzos de coordinación y cálculo humano, a tal punto que con toda certeza:

En algún punto de este proceso, debió haber una mente inventora o, lo que es más probable, toda una serie de ellas que, tras el primer paso exitoso, fue capaz de captar el problema esencial: movilizar a inmensas multitudes de hombres y coordinar rigurosamente sus actividades, tanto en el tiempo como en el espacio, con un fin claramente predeterminado, previsto y calculado (2010, p. 316).

Mas, hablando en términos de su diseño y alcance, esta Gran Máquina no solo debe verse como una obra gigante y estática (incluso pensando, como lo hace reiteradamente Mumford, en la Gran Pirámide como modelo de este mecanismo), sino en particular como un enorme proyecto de ingeniería, que incluía una extensísima cadena logística y de información, seguramente comparable, guardando las proporciones, a la actual Internet. Sin embargo, pareciera no ser este componente político el más decisivo en cuanto a la envergadura, complejidad o innovación de las conquistas tecnológicas y territoriales conseguidas por la Máquina. De la tesis de Mumford se puede recoger con alguna claridad el papel fundamental de las mentes que diseñaron esta estructura. En efecto: si seguimos con cuidado lo expuesto en El mito de la máquina, nos encontramos con la idea de refinamiento mental como clave en la consecución, coordinación y aplicación de esta “fuerza sobrehumana”:

La clase de mente que diseñó esas pirámides, los grandiosos templos macizos y las ciudades amuralladas, pertenecía a un nuevo tipo humano capaz de efectuar la organización abstracta de complejas funciones en un diseño estructural cuya forma final determinaba cada etapa del trabajo (2010, p. 324).

Si hubiese que hacer una analogía, diríamos que la Megamáquina era en sí misma una pirámide, con un “staff” de mentes brillantes en su cúspide (comandadas por el rey) y un sinfín de partes funcionales (que formaban, a su vez, un meticuloso sistema de control y relevo) que aseguraban en su base la construcción del acueducto, el pago de los impuestos o el sacrificio de los prisioneros.

Análisis aparte merece su componente aniquilador: la “máquina militar” <sup>1</sup>. Es curioso constatar cómo esta voluntad de aniquilamiento (supeditada a un sofisticado y, podemos presumir casi con toda seguridad, inhumano sistema de preparación física y militar) es previa a aquella otra faceta que Mumford llama “positiva” o “constructiva”. En el plano específico de la tecnología de la guerra, hay una larga lista de artefactos, armas, escudos, maquinaria, etc., que nos hablan indistintamente de tecnologías “propias” y de otras “adaptadas”, según si el poder de fuego e innovación del enemigo era superior o no a lo ya conocido. Por nombrar algunas de las armas tecnológicamente más “eficientes” incorporadas al campo de batalla, citemos al ariete espartano (guiño aparte a la teoría de que el Caballo de Troya no fue en realidad un escondite para los atacantes, sino un ariete gigante en forma de caballo), la máquina de asedio

1 Quisiera tener en cuenta también, la importante observación de Alonso, para quien y en clara coincidencia con Mumford, la línea patriarcal-pastoril del neolítico tardío aparece como «reconocidamente guerrera»: “Protosumerios, semitas más antiguos, indoeuropeos, uroaltaicos en el sentido más extenso —desde la fundación de China hasta Tamerlán— han sido pueblos terriblemente belicosos, conquistadores, «pastores de hombres», como dice, revigorizando una viejísima metáfora, Toynbee”. Y agrega: “Y no dejar abierta la interrogación sobre si es pura coincidencia que la única zona amerindia que se alzó a verdadero Imperio sea también la única que pastoreó, el Tahuantinsuyu, cuya última fórmula, el «estado mundial» incaico, aún hallaron vivo los españoles” (s.f., p. 91).

Esta espada representa muy bien la idea de adaptación de la tecnología al mundo militar, pues, hecha para apuñalar en lugar de rebanar fue incorporada por los egipcios alrededor del XIII a. C. producto de encuentros posiblemente con pueblos de los Balcanes y de Asia Menor.

cartaginesa, la espada de dos filos de hojas punzantes egipcia, el carro de guerra pesado y la pica de acometida sumerios y el célebre onagro romano. Mención especial merece la cota de malla, que parece haber sido inventada por los galos alrededor del s. III a. C. La menciono porque siendo una indumentaria defensiva<sup>2</sup>, grafica la importancia del uso de la tecnología disponible para asegurar más sofisticadamente la vida del soldado. Un pasaje de la Anábasis de Jenofonte ilustra con detalle la finalidad estratégica de la tecnología en la guerra:

Delante de ellos [de los infantes persas], a gran distancia entre sí, iban los carros llamados falcados; tenían las hoces desplegadas oblicuamente desde los ejes y vueltas hacia el suelo debajo de las cajas de los carros, de manera que cortasen cuanto encontraran. La intención era conducirlos contra las formaciones griegas para romperlas (1999, pp. 58-59).

Podemos imaginar las marchas forzadas en columnas interminables, con soldados armados con el mejor armamento posible aunque escasamente alimentados (apenas con algunas pocas gachas y sorbos de agua o con vino, si tenían la suerte de contar con un capitán benevolente), pero con una disciplina a toda prueba, fundada estrictamente no solo en el incentivo que suponía el saqueo interminable de las nuevas poblaciones o en la violación de las mujeres que tenían la mala fortuna de sobrevivir a los ataques, sino, en buena medida, en la amenaza y control que los jefes militares mantenían sobre sus oficiales y tropa de principio a fin de las campañas, incluyendo complejos sistemas de espionaje y de juicios sumarios<sup>3</sup>. No solo Roma parece un buen ejemplo de esta “máquina militar”. En América Central, por ejemplo,

---

2 Consistía en un chaleco hecho de una malla entrelazada de anillos metálicos pequeños que proporcionaba flexibilidad, al mismo tiempo que protegía al guerrero de los golpes por roce de espadas y dagas, los que solo desgastaban levemente la superficie exterior dura.

3 El decimatio romano, sin ir más lejos, muestra con una claridad atroz esta idea de mantención de la disciplina y lealtad en la batalla. Era un castigo aplicado por las legiones romanas en contra precisamente de aquellos legionarios que se negaban a combatir o intentaban amotinarse y que consistía en formar grupos de diez soldados y mediante sorteo escoger a aquel infortunado que debía ser ajusticiado por sus propios compañeros mediante lapidaciones o golpes de varas. Había igualmente en el ejército romano otras penas para la cobardía: “También eran condenados a la pena capital aquellos que desertaban del campo de batalla: si eran encontrados ocultos bajo los cadáveres o atrapados en el momento de huir, podían ser apedreados, golpeados hasta la muerte o se les clavaba una espada o lanza por la espalda y dejados como alimento para los buitres” (Subirats, 2013, pp. 153-154).

y a pesar de que no hay unanimidad en los estudiosos, ha prevalecido en el último tiempo la idea que para los mayas la guerra fue esencial en el surgimiento y organización de su sociedad. Curiosamente, el guerrero maya habría ido al campo de batalla no en busca de territorio ni de nuevos bienes, sino en realidad en busca de prestigio para sus gobernantes. En otras palabras, no se trataría en este caso propiamente de una guerra como expansión, sino de una guerra como ritual:

Las entidades políticas mayas se involucraban ocasionalmente en combates limitados y la forma predominante de guerra era un conflicto ritualizado o contiendas sin la intención de obtener territorio. (...) el principal objetivo era obtener cautivos y tributo, que aumentaban el prestigio y el poder del gobernante, pero no se buscaba aniquilar a gran cantidad de enemigos ni anexionarse sus territorios (Sharer cit. en Grazioso 2012, p. 220).

Es significativo para la hipótesis de este trabajo, que haya cierto acuerdo en considerar como patrón de guerra maya, por decirlo así, también la “aniquilación” religiosa del enemigo. En efecto, y tal como lo expone Webster, algunos estudios epigráficos recientes sugieren que la captura y destrucción de las imágenes de las deidades patronas de las ciudades enemigas eran una de las principales metas de la guerra (en Grazioso 2012, p. 222). Perfectamente, pues, se puede hablar en los mayas de la guerra como desacralización.

Como fuere, la Gráfico determinante de la Máquina era el rey. Y lo era principalmente no porque en general representara la continuidad en la línea de sucesión de una dinastía o porque, finalmente, de sus decisiones políticas o estratégicas dependiera inclusive el destino de un imperio (incluyendo el de su propia cabeza). Lo era sobre todo porque sintetizaba un conjunto de atributos que representaban las piezas más sofisticadas de la propia Megamáquina. Del trabajo de Mumford se desprende que solo el rey tenía la prerrogativa divina de convertir a los hombres en objetos mecánicos y disponerlos en una máquina: “La orden transmitida desde el cielo a través del rey pasaba a todas las partes de la máquina y creaba a su vez una unidad mecánica subyacente en otras instituciones y actividades” (2010, p. 327). De esta manera,

las órdenes del rey comenzaron a evidenciar la misma regularidad que caracterizaba a los movimientos de los cuerpos celestes. Como luego veremos, esta idea de cielo es fundamental para encausar nuestra hipótesis de trabajo.

Ahora bien, lo novedoso de Mumford no consiste realmente en haber descubierto la relevancia de este milenario complejo monárquico y burocrático. De hecho, antes que él, por solo nombrar a dos filósofos de la historia, Toynbee y Spengler ya habían descrito con lujo de detalles las virtudes y barbaridades de las civilizaciones antiguas. Lo nuevo de la observación de Mumford consiste en explicar (yendo a contrapelo de una larga lista de historiadores que aseguraban la determinación técnica del desarrollo del hombre, incluyendo en la actualidad la idea de antropotécnica del filósofo alemán Peter Sloterdijk) el desarrollo tecnológico de la humanidad justamente a partir de una serie de condiciones míticas, mágicas, organizativas y militares, que constituirían los factores clave de esta Gran Máquina, amén de su sofisticado, terrorífico y devastador poder de aniquilación.

Qué duda cabe de que las monarquías que impusieron este modelo transformarían, a su vez, la historia de la humanidad, ya sea por su impacto constructivo o creativo, en términos de sus avances económicos, políticos, urbanísticos y religiosos, o bien, por su poder destructivo, en el sentido de la desolación y sometimiento que imponían a las poblaciones que iban encontrando a su paso (como fuerza esclava al servicio de la eficiencia de la misma Máquina). Egipto, Macedonia, Ur, Persia, Sakkara, Mesopotamia, en distintas partes del orbe y virtualmente de manera simultánea, representan precisamente el triunfo de la Megamáquina por sobre las culturas neolíticas pastoriles y recolectoras. No obstante, y como nuestro autor lo plantea, no fue el factor «técnica» lo decisivo en esta “hazaña civilizatoria”.

Pero si la técnica no fue el factor decisivo en la emergencia y consolidación de esta Gran Máquina, entonces, ¿qué lo fue?

### **La Máquina divina**

La Megamáquina funcionó como una gran mente creadora y destructora de la vida colectiva. Para Ardillo: “Esta leva, verdadero reclutamiento humano para la construcción de pirámides, templos, canalizaciones y, por supuesto, gigantes máquinas de guerra, recorre toda la historia,

de oriente a occidente, hasta nuestros días” (2013). A su cabeza, indudablemente, se hallaba el gran cerebro, la síntesis perfecta de poder militar, científico, económico y religioso: el rey (junto a sus ministros, jefes militares y sacerdotes). Ahora, en el análisis del filósofo estadounidense, los mecanismos esenciales para asegurar el funcionamiento de la Megamáquina fueron la ciencia y la burocracia: “una organización fiable del conocimiento, natural y sobrenatural, y una intrincada estructura para dar órdenes, ejecutarlas y asegurar su total cumplimiento” (Mumford, 2010, p. 328). De este modo, es el conocimiento (cósmico, científico, religioso y mágico) el factor que determinó el aseguramiento de este poder terrenal, más allá por lo demás de su condición de código secreto y monopolio de la clase sacerdotal (idea excepcionalmente presentada por Umberto Eco en *El nombre de la rosa*). De hecho, esta condición críptica del saber (lo que hoy vendrían a ser los algoritmos de encriptación de datos o cifrado de archivos) era condición indispensable para la mantención de la creencia en la infalibilidad de la Máquina:

Ningún rey podía moverse con seguridad ni eficacia sin el apoyo de tal «conocimiento superior», ni más ni menos de lo que el Pentágono puede actuar hoy sin consultar a sus científicos especializados, a sus expertos técnicos, a sus teóricos de los juegos y a sus ordenadores: una nueva jerarquía supuestamente menos falible que los intérpretes de las vísceras, pero a juzgar por sus tremendos errores, no mucho más (Mumford, 2010, pp. 328-329).

Mas, lo que nuestro autor no dimensiona suficientemente es el papel de la religión, no solo en el fundamento de estas monarquías monumentales (por ejemplo, la idea de la personalidad del monarca como manifestación terrenal del mito de la creación), sino especialmente en la mentalidad de los habitantes de estas poblaciones, para quienes el rey y sus determinaciones simplemente contenían la fuerza de los mismos dioses a quienes sus ancestros habían adorado y temido y sobre quienes se había construido una compleja amalgama de rituales, templos e historias de sacrificios y plegarias. Punto aparte los sistemas de coerción y castigo que el propio sistema administraba (las más de las veces cruenta y públicamente<sup>4</sup>) a quienes se atrevieran a

---

4 Al respecto, sugiero tener en cuenta el muy bien documentado trabajo de J. A. Castillo y J. A. Molina, “El castigo aplicado al Tyrannus Argimundo según el Chronicon de Juan de Bíclaro” (2016), *Potestas* (9), 35-52, en el que se aborda la Gráfico del tirano Argimundo y los castigos que sufre tras fracasar en su rebelión contra el rey visigodo Recaredo (586-601).

desobedecerlo. Esto se explica todavía mejor considerando que en estas sociedades la religión tenía que ver prácticamente con cada una de las actividades de la vida diaria, de forma que las realizaciones de la Megamáquina eran vistas fuera de toda duda como una expresión más del favor de los dioses.

Ahora, esta consideración del rey como deidad era, a fortiori, una condición determinante en la efectividad de las maneras o estilos personales (pudiéramos decir hoy, en el modelo de gestión de la Megamáquina) mediante los que el rey imponía su voluntad. Para corroborar esta idea, cito nuevamente a Mumford:

También aquí los dioses sirvieron de modelo para los reyes: Marduk, al luchar con Tiamat, su antigua rival, empleó «el Viento Malo» (el torbellino, el huracán), confiando su carro tormentoso a una terrible cuadriga compuesta por «el Matador, el Implacable, el Pisoteador y el Rápido». «Agudos eran sus dientes y persistente su veneno.» Y estas características no solo eran achacables a los violentos y pendencieros babilonios, asirios o hititas, sino que, en las metáforas empleadas en uno de los textos más antiguos de las pirámides, en el que se describe al faraón deificado, encontramos una especie de desenfrenada concupiscencia caníbal al tratar del alcance y poderío de aquel rey-dios. Tal como allí se la describe, la monarquía era en realidad un artificio para devorar a los hombres (2011, pp. 304-305).

Pues bien, Mumford hace un análisis detallado de una Megamáquina centrada en la dualidad ciencia-tecnología, cuando, en mi opinión, la dualidad que funciona mejor para tener una comprensión más propiamente histórica de su trabajo es la de religión-tecnología, entendiendo que esta última —la tecnología— operaría en realidad como matriz de la técnica en su fase económica, ingenieril y militar, por no hablar de los aspectos relacionados con las leyes, el arte y la política. Mumford sostiene:

Era evidente que ninguna mano humana, ningún esfuerzo humano común ni clase alguna de colaboración humana corriente, como la que solía usarse para construir aldeas o cultivar los campos, habría podido reunir y alistar esta fuerza sobrehumana, ni habría logrado este resultado casi sobrenatural; solo un rey divino podía exigir tales actos de la voluntad

humana colectiva y obtener transformaciones materiales a tan descomunal escala (2010, p. 324).

De modo que es, por así decir, el relato oficial de la identidad rey-divinidad el que logra imponer a los gobernados (partiendo por los propios elementos humanos de la Máquina) la veracidad y necesidad de este modelo colosal de poder. Es coincidentemente la misma tecnología de la Megamáquina la que va alimentando este mito refundador. El análisis de Mumford deja pasar —o al menos no lo plantea con la suficiente fuerza— el hecho de que la idea de un rey-dios dictaminando quiénes debían ir a la guerra y quiénes a tareas burocráticas o a las innumerables labores productivas especializadas, debió ser probablemente muy normal en una comunidad donde la evidencia del poder terrenal y sobrenatural coincidía en la misma Gráfico. Esta especie de mentalidad expansiva, que nuestro filósofo sitúa más bien en la mente de cada rey y sus asesores, pareciera, al contrario, representar algo parecido a un lógos de la religión, al modo de un discurso reglamentado por la burocracia del rey, pero al mismo tiempo instaurado como verdad cósmica a partir de una verdad todavía más ancestral, mítica si se quiere, ritualizada y sacralizada como elemento trascendente de la comunidad. Tal lógos divino es —siguiendo nuestro razonamiento— el que permitiría explicar, justificar y hasta glorificar las tendencias constructivas y destructivas de esta Gran Máquina.

Es exactamente el mismo lógos religioso, de carácter masculino y barbárico, que terminaría comenzada la Edad de Hierro por acabar o al menos por debilitar ostensiblemente el mito de la Gran Madre o Principio femenino como creador de la Naturaleza, dominante en muchas culturas del orbe hasta finales del Neolítico. Como dice Herrera, citando a Martin-Cano:

Con el culto a la muerte, el poder de esta Diosa-Madre sufrió un proceso de depreciación simbólica a lo largo de la historia de Occidente. Las diosas serán difamadas, injuriadas, insultadas y derrotadas por sus hijos, como en la mitología griega, pero “permanecerán como una amenaza constante a su castillo de la razón, que está edificado sobre una tierra que ellos consideran muerta, pero que realmente está viva, respirando, y amenaza con escapárseles bajo los pies” (2011).

En definitiva, se trata del dios Sol. En efecto: “los nómadas arios desde el Norte, y los semitas del Sur, pastores de ovejas y cabras, impusieron violentamente estos héroes solares

y dioses masculinos” (Campbell cit. en Herrera, 2011), relegando al plano de la oscuridad y la prohibición todas aquellas representaciones simbólicas y religiosas dominantes que habían surgido en el Paleolítico y que incluso se habían extendido durante el Neolítico en gran parte del mundo antiguo. Como ejemplo, consignemos algunas de estas deidades femeninas: Ereshkigal en Sumeria, Ishtar en Babilonia, Asherrat en Siria, Shing-Moo en China, Cibeles, para los frigios y Tetevina para los aztecas. Es justo esta arremetida de los dioses patriarcales la que viene a originar, si leemos a Mumford entre líneas, la aparición omnipotente de la Gráfico del rey como divinidad. Plantea Mumford:

Ninguna divinidad vegetal, ningún mito de la fertilidad, podía producir este tipo de orden frío y abstracto, esta separación entre el poder y la vida. Sólo aquel con poder otorgado por el dios Sol podía eliminar todas las normas o límites respetados hasta ese momento para el esfuerzo humano. El rey Gráfico en las primeras descripciones como un ser de carácter heroico, que mata a un león sin ayuda de nadie, construye grandes murallas para la ciudad, o como Menes, desvía el curso de los ríos. Esa tensa ambición, ese esfuerzo desafiante pertenece sólo al rey y a la máquina que pone en marcha (cit. en Ardillo, 2013).

Ahora bien, es precisamente el tipo de religión que se experimentó en estas sociedades el que hizo posible (en primer lugar, porque en segundo lugar fue indudablemente el poder de la “máquina militar”) la materialización de la obediencia absoluta como sinónimo de fidelidad y concordancia con el relato religioso. Tomando como argumento lo señalado por Brelich, el concepto monoteísta de dios de las civilizaciones superiores parece ser decisivo en la consolidación del poder político de la Gran Máquina y por extensión en la capacidad de tolerancia de esas voluntades humanas sometidas a ella:

El dios único de las religiones monoteístas que, como las politeístas, aparece sólo en las civilizaciones denominadas “superiores” (las más antiguas civilizaciones monoteístas son la hebrea y la del Irán mazdeísta) se ajusta mejor, desde el punto de vista morfológico, al segundo de los dos grandes grupos de seres sobrehumanos que venimos distinguiendo: en efecto, dicho dios no es la realidad no-humana incontrolable, sino que la

trasciende y esta última podría incluso dejar de existir sin comprometer la propia existencia del dios único, su creador; su trascendencia lo distingue claramente del “ser supremo” de muchas religiones “primitivas” (Brelich, 2019).

Sin embargo, el surgimiento de la Gran Máquina, como estructura de poder político-religiosa, requirió también de condiciones de religiosidad previas a la influencia monoteísta (algo de ello ya hemos discutido al hablar de la idea de la Gran Diosa Madre), condiciones que se presentaban en la práctica como una amalgama indiferenciada de conocimientos immanentes y trascendentes (algo así como una ciencia sagrada). Un claro ejemplo de esto fue la religión de la antigua Mesopotamia (considerada por algunos historiadores como la más antigua del mundo), en la que los dioses no solo estaban relacionados intrínsecamente con los elementos de la naturaleza, sino que, al igual como más tarde en los griegos, tenían un comportamiento sensiblemente humano (según Herrera, por ejemplo, en Mesopotamia la Diosa Madre no era redentora sino causante de dolor y muerte). Así también lo cree Fernández:

De hecho, de acuerdo con la mentalidad mesopotámica, la ciudad era concebida y fundada para ser la morada de una determinada divinidad, representada por el templo o santuario principal, los lugares donde residían las divinidades. El éxito y el futuro de cada ciudad y de cada reino dependían de la armónica relación entre dioses y reyes (2017, p. 14).

Otro tanto ocurrió en Egipto, particularmente en la Dinastía IV. En palabras de Toynbee:

Aun en la esfera de la religión, donde la sabiduría nace proverbialmente del sufrimiento, los llamados «textos Piramidales» testimonian que esta época vio igualmente la creación, la colisión y la primera escena de la interacción de los dos movimientos religiosos —el culto del Sol y el culto de Osiris— que llegaron a su madurez después que había comenzado la decadencia de la Sociedad Egipciaca (1997, p. 61).

Más aún, la misma guerra, como producto de “exportación” de la “máquina militar”, sería según Mumford el subproducto de un ritual religioso, cuya importancia vital para la urbe trascendía en mucho a las ganancias de territorio, de botín o de esclavos, que es lo que las sociedades posteriores buscarían para justificar sus obsesiones paranoicas y espantosos

holocaustos colectivos. Siguiendo esta conjetura, no sería entonces la tecnología la que en general habría determinado la fisonomía de las civilizaciones superiores, esas que echaron a andar la Megamáquina como aquella “asociación de poder y productividad desorbitantes, con una violencia y destrucción igualmente desorbitantes” (Mumford en Novoa, 2017). No, Mumford pone la guerra y el avance tecnológico como frutos de la Megamáquina, no como sus causas y parece hallar su fundamento, aunque no lo dice explícitamente, en una suerte de “metafísica centrada en las máquinas” (sigo acá la feliz expresión de Novoa), respecto de la cual, empero, no queda del todo claro cuál sería su origen.

Empero, es preciso hacer una salvedad. Si bien es cierto Mumford no entra nunca en detalles sobre la idea del rey como divinidad en términos de un análisis teológico o antropológico más profundo, creo importante sentar al menos una duda razonable sobre el alcance de esta idea. Para ello, sigo el argumento de Cadenas expuesto en *El culto imperial y la divinidad del emperador en la Antigüedad tardía, dos conceptos a debate*, de 2017. Este indica que la divinidad imperial (*divus*) que muestran las distintas fuentes, no sería exactamente el mismo tipo de divinidad atribuida a los dioses del Olimpo o al Dios cristiano (*deus*): “Sin dejar de contener un elemento ultraterreno o mágico que está más allá de lo humano, parece que la divinidad imperial era diferente a la otra divinidad destinada a los dioses no mortales” (2017, p. 35). Del artículo de Cadenas, queda claro que desde el punto de vista protocolar o administrativo la condición de divinidad del emperador era obligada y aceptada por todos (incluso en tiempos de la cristiandad); sin embargo, lo que no resulta tan fácil sería precisar el valor propiamente religioso o teológico de estos adjetivos (los epítetos de *divi*, *divae memoriae* o *divae recordationis* con que se designaba al emperador).

### **La Megamáquina moderna**

Explícitamente, Mumford plantea que el mito originario de la máquina ha proyectado “estos extravagantes anhelos que tan abundantemente se han cumplido en nuestra época” (2010, p. 313). Esta tesis es clave en la comprensión global y actual del modo tecnológico, en términos de que es el fundamento de lo que podríamos llamar la continuidad del ser de la Megamáquina hasta el hombre contemporáneo. Es decir: la Máquina divina descrita por Mumford se ha metamorfoseado en tantos mecanismos posibles como formas han adquirido los Estados y la

industria durante todos estos años y de oriente a occidente. De aquí que la Máquina-Estado sea hoy una realidad indiscutible. O amenazante, según el propio Mumford: “Pese a sus repetidas contrariedades y fracasos, tales fantasías cósmicas se han conservado intactas hasta hoy; es más, en nuestros días han reaparecido, disfrazadas de «armas absolutas» y «soberanía absoluta», esas nada inocentes alucinaciones de la Era Atómica” (2010, p. 327).

El punto es que no debiera ser sorpresa que a este Leviatán moderno lo hallemos cara a cara al doblar la esquina o incluso sin darnos cuenta, como en esos cómics de los 70, constatemos que nuestra vida común y corriente está hecha justo encima de sus manos o de su cabeza o lo que sea. Pasa sencillamente que la Megamáquina “no es otra cosa que el propio Estado de Occidente arrasándose a sí mismo en beneficio exclusivo de las nuevas mitologías de poder” (Lardín, 2015). Siguiendo al propio Mumford en *El pentágono del poder* (1970), obra que continúa *El mito de la máquina*, tenemos entonces que es el Estado, en rigor el Estado moderno, el que da continuidad, ahora mediante una soberanía impersonal, a aquella soberanía personal que el rey ejercía por derecho divino. Lo curioso es que esos mismos dos estamentos que Mumford había señalado como claves en el desempeño político y organizativo de la Máquina divina, la burocracia y el ejército, siguen resultando indispensables en el sostenimiento del Estado contemporáneo:

Los nuevos gobernantes absolutos, como Pedro el Grande en Rusia, Federico Guillermo en Prusia y Luis XIV en Francia, dirigían ejércitos permanentes acuartelados en barracones permanentes, gestionados por una burocracia permanente; todos ellos capaces de ejercer, incluso antes de la comunicación telegráfica, un control remoto más o menos eficaz sobre enemigos distantes y poblaciones dispersas (2011, p. 387).

De cualquier modo, nuestro autor es sumamente drástico en el diagnóstico de la Modernidad. Lejos de producirse, digámoslo así, una implosión en términos del método y tipos de relaciones establecidas en el funcionamiento de la Máquina moderna o en el de sus mecanismos de control, Mumford ve un reforzamiento prácticamente en todos sus niveles (tecnológicos, políticos, militares e industriales). Como era de esperar, el factor clave en esta “modernización” de la Megamáquina sigue siendo la guerra:

Antes incluso de que se inventaran las armas «totales», el automatismo y el absolutismo ya estaban firmemente hermanados en la constitución de todas las organizaciones militares. De ahí que la guerra sea la condición ideal para impulsar el ensamblaje de la megamáquina, y mantener de manera permanente la existencia de una amenaza de guerra es la forma más segura de garantizar que esos componentes que de otro modo serían autónomos o semiautónomos sigan funcionando en una unidad (Mumford, 2011, p. 391).

Sin ir más lejos, uno podría hallar en este pesimismo una cercanía bastante obvia con la meditación heideggeriana sobre la técnica, en el sentido de que, paradójicamente, muchas de estas aplicaciones tecnológicas actuales se han vuelto dramáticamente en contra del mismo ser humano. Y aunque sabemos que, ante la disyuntiva entre el imperio de la máquina y el imperio del hombre, Mumford fue un paladín de este último a partir de una reconocida filosofía de la tecnología de las humanidades, “los números” no obstante dicen otra cosa. Más que nunca estamos adaptados a las nuevas formas de la Máquina: mecanización industrial, automatización, globalización, ejércitos de coalición, Born global. Cada una de estas fórmulas, si leemos bien a Mumford, describen un modo común de totalitarismo en el actual estado de la civilización.

Ahora bien, quisiera detenerme en lo que pudiera ser la diferencia esencial entre la Máquina antigua y la moderna, de alguna manera presentada por el propio Mumford en El pentágono del poder. Se trata del reemplazo del componente humano por el electrónico. Desde luego, por una cuestión de época, la crítica de Mumford solo pudo vislumbrar lo que hoy son las tecnologías y su papel central en casi la totalidad de las actividades humanas. Lo que busco con esta observación es salirme del esperable lugar común que implicaría hacer un parangón entre los atributos de ambas máquinas, para intentar ponerme de alguna forma en el ámbito de la diferencia. Esta diferencia, a mi juicio y como apunté, está centrada en el sistema operativo de la Megamáquina moderna, la que ha ido requiriendo —exponencialmente— cada vez más procesos automatizados e informatizados, que han ido en cierto modo expulsando al ser humano de una *téchne* de la Globalización, aunque, claro está, no de los procesos de consumo.

Esta posibilidad técnica no escapó al análisis de Mumford: “La nueva megamáquina, en el hecho mismo de su creación a partir de un modelo tecnológico renovado, ha engendrado asimismo al «responsable en la toma de decisiones» y rey divino, en una forma electrónica y trascendente: el ordenador central” (2011, pp. 440-441). De hecho, unas páginas después, describe casi de manera perfecta la condición esencial de la rutina del hombre posmoderno, pudiéramos decirlo así, del hombre tecno-dependiente:

Un tipo incapaz de reaccionar directamente a las visiones o los sonidos, a los patrones o a los objetos concretos, (...) incapaz de sentirse vivo si no es con permiso o bajo mandato de la máquina y con la ayuda del aparato extraorgánico que suministra el dios-máquina (Mumford, 2011, p. 460).

Sin embargo, a pesar de que en apariencia lo más relevante de la crítica futurista de Mumford está puesto en el papel de la tecnología y en sus posibilidades destructivas para el género humano, creo que hay una cuestión primordial al análisis y que de alguna manera permite cerrar la argumentación que abrimos al inicio con aquello de la validez de una filosofía de la religión en torno a la idea de la Megamáquina. Es el sentido de lo religioso en la Megamáquina moderna. Obviamente, cualquier religión que pudiera ser pensada como inherente al proyecto de esta Máquina contemporánea, debe ser considerada, en primer lugar, reconociendo la complejidad del propio desarrollo histórico del pensamiento religioso. Teniéndose esto en cuenta, hay un pasaje del El pentágono del poder que testimonia con una claridad abismante la naturaleza de este lógos religioso adosado a las nuevas tecnologías. Por su relevancia lo cito en extenso:

Y así como las estáticas estructuras físicas sostenían la fe del adorador en la validez de la supuesta divinidad e inmortalidad del faraón, las nuevas formas dinámicas del complejo piramidal —rascacielos, reactores nucleares, armas atómicas, superautopistas, naves espaciales, centros subterráneos de control, refugios antiatómicos (tumbas)— parecen respaldar y exaltar igualmente la nueva religión. Ningún otro culto ha producido nunca tantas expresiones de su poder, ni levantado un sistema de control tan absoluto, ni unificado tantas instituciones separadas, ni suprimido tantos modos de vida independientes, ni se ha jactado de tener

—dicho sea de paso— tantos devotos, que dan fe por sus palabras y sus actos del reino, el poder y la gloria de sus dioses electrónicos y nucleares (Mumford, 2011, pp. 485-486).

De modo que este lógos de la religión de la Megamáquina posmoderna pareciera corresponder por completo, dicho resumidamente, al relato del lenguaje de la programación, es decir, a toda aquella semántica formada por los diversos tipos de algoritmos, símbolos y reglas sintácticas, protocolos informáticos, operadores lógicos y sistemas inteligentes, que nos dejan finalmente a un paso del reinado de la Inteligencia Artificial. Justamente todo el discurso transhumanista —sistemizado en el postulado de la Evolución Dirigida y en el que virtualmente podemos reconocer una de las facciones radicales de la nueva religión— se centra en la creencia de que la especie humana en su forma actual no solo no representa el final de nuestra evolución, sino que en realidad es una fase muy temprana de la misma.

### Conclusiones

No es fácil establecer observaciones definitivas sobre un concepto que es presentado por su autor literalmente como un mito. A pesar de esta dificultad —no solo teórica sino además metodológica, como se dijo al inicio—, anotaré algunas ideas que puedan hacer las veces de conclusiones de este trabajo:

1° El rey como manifestación terrenal de la deidad. Hemos dicho que buena parte de los fundamentos políticos de la instauración de las monarquías divinas —de este cuartel general de la Megamáquina— se centró en un relato oficial que imponía como verdad irrefutable la identidad imperecedera entre el rey y la divinidad. A este relato oficial y universal lo hemos llamado lógos religioso. Esto significa que sería la mentalidad religiosa, tanto en su modalidad politeísta como monoteísta, pero sobre todo en esta última, la que logró constituirse como núcleo racional-irracional de la disposición colectiva de las urbes al momento del «invento de la máquina arquetípica». Dicho de otra forma: es el pensamiento religioso el que parece haber actuado como fondo psíquico y al mismo tiempo ético en el proceso de aceptación y naturalización de la Megamáquina, mediante una especie de movimiento trascendente-inmanente de sacralización de la nueva tecnología.

2° La religión, específicamente la teología solar, como determinación de la filosofía de

la Megamáquina. Si bien no hay dudas de que el panorama ofrecido por Mumford sobre la invención de la Gran Máquina la muestra como un tipo especialísimo de organización social, hemos querido sostener como hipótesis de trabajo que en el núcleo de esta configuración simbólica la religión jugó, y con toda seguridad lo sigue haciendo, un papel trascendental. Por cierto, la Gráfico del rey-divinidad recién comentada es primordial a esta configuración. Pero lo que quiero decir es que, más allá del monarca o del tirano de turno, lo que había en las comunidades donde se impuso la Megamáquina era una mentalidad transformada in toto, que hizo posible comprender y defender este nuevo tipo de organización social. La esencia de esta mentalidad era un pensamiento religioso transformado: de la Gráfico de una deidad femenina centrada en la idea de fertilidad a la de una deidad masculina centrada en la idea de dominación. Todo el heliocentrismo posterior, cuyos puntos de inflexión, me atrevería a decir, son el *De revolutionibus orbium coelestium* de Copérnico y la creación de la NASA, derivan de esta teología solar primigenia.

3° La tecnología como instrumento del contra-humanismo. De la crítica de Mumford, se deduce el rol de una tecnología al servicio de esta verdadera máquina de asedio que resulta ser la Megamáquina. Iré un poco más lejos y sugeriré que esta tecnología se fundamenta en un profundo contra-humanismo, en el sentido de que cada una de las tecnologías utilizadas por las distintas Máquinas a lo largo de la historia, no solo debe ser entendida —recurriendo a la crítica de Heidegger— como un simple objeto a la mano, es decir, la técnica en tanto útil en los ámbitos pragmáticos inmediatos, sino fundamentalmente como fuerza global de transformación de la naturaleza. Esta distinción entre una tecnología como mera utilidad y otra como energía transformadora y destructiva, es consustancial al modelo de la Megamáquina de Mumford. Efectivamente, esta segunda forma de comprender la técnica provista por Heidegger en *La pregunta por la técnica*, es clave en la constatación de la tecnología de la Megamáquina como instrumento, por así decir, ajeno a un proyecto humanista. El imperativo funcional de la Megamáquina se presenta a todas luces como epítome del peligro de la técnica, advertido por el filósofo de Marburgo hace más de medio siglo. Cambiando los términos de la expresión heideggeriana, podemos afirmar que en la tecnología de la Megamáquina lo propio es la provocación técnica del hombre.

4° La filosofía de la religión frente a la filosofía de la tecnología. Conviene cerrar este trabajo refiriéndonos al valor de recurrir a la filosofía de la religión (o a la fenomenología de la religión, según explicamos) para enfrentar un problema que en primer lugar no se presenta ni como religioso ni como esencialmente teológico. Un primer punto de validación parece ser el semántico. Ya el título de una de las obras que comentamos —El mito de la máquina— nos da visos de esta posibilidad. Si adoptamos la comprensión de la fenomenología de la religión como aquella región de la filosofía preocupada de todo aquello vinculado con lo religioso (la experiencia religiosa, mitos, ritos, las formas como el hombre se relaciona con Dios), estaremos de acuerdo, sobre todo si consideramos la conjetura de un lógos de la religión, en que una filosofía de la religión de base histórica y no ontológica, como la que hemos pretendido tener en cuenta acá, sí satisfaría las condiciones metodológicas de esta empresa. Una segunda posibilidad de validar este recurso a una filosofía de la religión es atendiendo al desafío que representa la Megamáquina en la Posmodernidad. Esto significa que la Megamáquina de Mumford, como lo reconocen muchos de sus comentaristas, sigue en nuestros días más vigente que nunca, transformada, como adelantamos, en todas aquellas operaciones electrónicas y de inteligencia política y militar (por no hablar del avance blindado de los gigantescos conglomerados económicos que se han repartido el mercado global, incluyendo los titanes globales del sector biotecnológico y farmacéutico) que tienden cada vez más a un estado de deshumanización irreversible.

Por último, podrá parecer desmesurado llamar religión a las nuevas tecnologías o a las tendencias sociales y culturales que las determinan y, por lo mismo, un tremendo anacronismo haber recurrido a la filosofía de la religión para proveer una mirada racional sobre la historicidad de la Megamáquina mumfordiana.

Ante esta razonable objeción, yo diría, parafraseando a Goethe: «Quien posee Tecnología también tiene Religión».

## Referencias Bibliográficas

- Aguilar, F. (2011). Reflexiones filosóficas sobre la tecnología y sus nuevos escenarios. En *Sophia* (11), 123-174. Recuperado de <https://tinyurl.com/y4zuds6m>
- Alonso, C. (s.f.). Sobre los orígenes de la guerra. Recuperado de <https://tinyurl.com/y5ehfxrb>
- Ardillo, J. (2013). De la construcción de la megamáquina. Recuperado de <https://tinyurl.com/y56kms9v>
- Beuchot, M. (2017). *Filosofía de la religión*. Guadalajara: Cátedra.
- Brelich, A. (2019). Prolegómenos a una historia de las religiones. En *Revista de Historia*, 9 (10). Recuperado de <https://tinyurl.com/y6btltz7>
- Cadenas, A. (2017). El culto imperial y la divinidad del emperador en la Antigüedad Tardía, dos conceptos a debate. En *Espacio, tiempo y forma* (30), 31-44. Recuperado de <https://tinyurl.com/y4cp88gg>
- Fernández, C. (2017). La exaltación de la divinidad en Mesopotamia: Marduk y Sin, dos posibles instrumentos políticos en Babilonia. En *Revista Historia Autónoma* (10), 13-30. Recuperado de <https://tinyurl.com/y2y576nd>
- Grazioso, L. (2012). *La guerra: religión o política*. Madrid: Trotta.
- Herrera, C. (2011). *La Revolución patriarcal y el fin de las diosas*. Mujer Palabra. Recuperado de <https://tinyurl.com/y3fj57au>
- Jenofonte (1999). *Anábasis*. Madrid: Cátedra.
- Lardín, R. (2015). Lewis Mumford, el último humanista. *El diario.es*. Recuperado de <https://tinyurl.com/yyx6wpxp>
- Mumford, L. (2010). *El mito de la máquina*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- (2011). *El pentágono del poder*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Novoa, A. (2017). *Filosofía de la tecnología para médicos: la “megamáquina” de Lewis Mumford*. Recuperado de <https://tinyurl.com/y3p9pvj9>
- Subirats, Ch. (2013). *El ceremonial militar romano: liturgias, rituales y protocolos en los actos solemnes relativos a la vida y la muerte en el ejército romano del Alto Imperio [Tesis de posgrado]*. Universitat Autònoma de Barcelona. Recuperado de <https://tinyurl.com/y4hhnbq>
- Toynbee, A. (1997). *Estudio de la historia (I)*. Barcelona: Altaya.